

GRAFITOS TARTESIOS HALLADOS EN NIEBLA (HUELVA) Y SU CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

CLARA TOSCANO-PÉREZ

Universidad de Huelva

JOSÉ ANTONIO CORREA RODRÍGUEZ

Universidad de Sevilla

Recibido: 31/01/2014

Aceptado: 28/02/2014

Revisado: 13/02/2014

Publicado: 20/05/2014

RESUMEN

El presente artículo aborda el estudio tipológico y epigráfico de una serie de grafitos tartésicos sobre cerámica gris hallados en Niebla (Huelva) en una intervención arqueológica efectuada en la zona conocida como “Desembarcadero” en 1992. La excepcional calidad de los grafitos y el hecho de haberse encontrado en una intervención arqueológica reglada hacen de este análisis una importante fuente de información histórica. Si a ello le sumamos que el lugar en el que tuvo lugar el hallazgo es una de las zonas con mayor riqueza en cuanto a estructuras arquitectónicas defensivas de la ciudad protohistórica, hacen que el estudio de los materiales allí encontrados supongan un importante referente a la hora de abordar el estudio de este territorio en general y de este enclave en particular. De este modo, los resultados del análisis tipológico y epigráfico de las piezas nos permitirán incrementar el catálogo de la escritura tartesia además de profundar en el conocimiento histórico de la Niebla protohistórica.

PALABRAS CLAVE

Hierro I; Cerámica gris; Grafitos; Escritura tartesia; Niebla (Huelva).

ABSTRACT

This paper discusses the typological and epigraphic study about some graffiti found in Niebla (Huelva) that came from an archaeological digging in an area known as “Desembarcadero” in 1992. The exceptional quality of the graffiti and the fact that it was found in a formal archaeological excavation become this analysis in an important source of historical information. If we add that the place in which took place the finding is one of the richest areas in terms of defensive protohistoric architecture in the city, make the study of the materials found there into an important reference to approach the study of this area in general and particularly this city. Through the typological and epigraphic analysis result of the pieces, we will to increase the tartessian scripture catalog and also to delve in the historic knowledge about the city of Niebla.

KEYWORDS

Iron Age I; Grey pottery; Graffiti; Tartessian scripture; Niebla (Huelva).

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo surge como fruto de la revisión de materiales de época turdetana depositados en el Museo de Huelva¹, dentro del cual resultó el hallazgo de tres fragmentos de cerámica gris con grafitos tartésicos que procedían de una intervención arqueológica en Niebla (Huelva). El interés de estas piezas es doble, ya que de una parte proceden de una intervención arqueológica reglada de una de las áreas de mayor importancia en la estructura urbana de la ciudad de Niebla, mientras que por otra parte suponen incrementar el catálogo de la escritura tartesia, una escritura cuyos vestigios no son precisamente abundantes.

Pese a que estas piezas fueron publicadas en el momento del hallazgo (Bedia y Pérez, 1993), consideramos que no tuvieron la repercusión científica ni la difusión que debieran, de ahí que no se

incluyeran en el volumen IV de los *Monumenta linguarum Hispanicarum* (Untermann, 1997) y que se encontraran almacenadas en los fondos del Museo de Huelva junto con el resto del material de la excavación, sin tener en cuenta la peculiaridad que le confieren los grafitos.

El objetivo del presente artículo se centra en extraer la máxima información posible del estudio de estas piezas (escritura, soporte, cronología, funcionalidad y datación de las estructuras arqueológicas de la intervención en la que aparecieron, etc.), así como fomentar su difusión al resto de la comunidad científica para que puedan incluirse en corpus generales y aportar más información al conocimiento de esta escritura.

2. CONTEXTO ARQUEOLÓGICO DE LA PIEZA

Las piezas objeto de estudio de este artículo proceden de Niebla, uno de los centros hegemónicos de la zona en época protohistórica (fig.1). La estratégica posición de este enclave favoreció su desarrollo urbano, de manera que su ubicación en una pequeña elevación amesetada junto al río Tinto controlando la fértil campiña onubense, además de la presencia de manantiales y canteras de caliza favoreció la ocupación permanente del núcleo urbano desde el I milenio a.C. (Pérez *et alii*, 2000; Campos y Gómez, 2001, 134; Campos Carrasco, 2005, 49; Campos *et alii*, 2006, 333).

Su posición privilegiada hizo que fuera uno de los puntos desde los que se controlara el circuito comercial de la plata hacia el Mediterráneo, de hecho se constituyó como nudo de comunicaciones entre el Occidente de la Península Ibérica y el Valle del Guadalquivir, además de entre la costa y el interior a través del río Tinto, controlando la ruta que enlazaba *Onoba* con *Ilipla*, Tejada la Vieja, Aznalcóllar y el Cerro de la Cabeza (Olivares) hasta las riberas del estuario del Guadalquivir, precedente de la posterior vía XXIII descrita en el *Itinerario de Antonino* que unía *Onoba* (Huelva) con *Ilipla* (Niebla), ésta con *Tucci* (Tejada la Nueva), y a su vez ésta con *Italica* (Santiponce).

La evolución urbana de la ciudad está íntimamente relacionada con el control del territorio que la rodea, de modo que las 2-3 Ha iniciales fueron rodeadas con un perímetro defensivo de mampuestos con bastiones semicirculares. A partir de este lienzo fueron adaptándose las reformas sucesivas producidas a lo largo del tiempo, de manera que a través de una correcta lectura arqueoarquitectónica



Figura 1. Ubicación de Niebla (Huelva)

¹“Estudio de materiales de los siglos IV-I a.C. depositados en el Museo de Huelva”. Aprovechamos para dar las gracias al Museo de Huelva, representado en la figura de su director, Pablo Guisande, por su siempre amable disposición para facilitarnos nuestra tarea en los fondos del museo.



Figura 2. Zona “Desembarcadero” de Niebla

es posible vislumbrar las diferentes etapas urbanísticas que atravesó la ciudad, como por ejemplo la consolidación de su estructura urbana a partir del siglo VIII a.C. como consecuencia del inicio de la actividad colonial y el incremento en la demanda de producción minera. Es éste el momento de consolidación como centro redistribuidor de la producción minero-metalúrgica procedente del Cinturón Ibérico de Piritas hacia el mundo Mediterráneo (Toscano-Pérez *et alii*, 2013, 69-ss).

Es en este contexto histórico donde debemos situar los fragmentos analizados en el presente artículo, los cuales proceden de una intervención arqueológica realizada en la zona conocida como Desembarcadero de Niebla en 1992, donde se pretendía realizar un sondeo allí donde previamente lo hiciera J.P. Droop en 1925 dada la importancia del hallazgo por su monumentalidad, riqueza histórica y fuente de debates generados (fig. 2). Ese trabajo se enmarcaba dentro de los desarrollados por la Escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología creada por Elena Wishaw en Niebla, lo que supuso el conocimiento e interés internacional por la riqueza arqueológica de la zona.

La intervención de los años ‘20 se enmarca dentro de las primeras efectuadas en Niebla, que pese a que no fueron muy fructíferas en lo que a datos publicados se refiere, donde redundan es en el *continuum* poblacional de este núcleo desde la Edad del



Figura 3. El “Muro de Droop”

Bronce hasta la actualidad (Whishaw, 1929, 168). En este contexto debemos situar los sondeos llevados a cabo por J.P. Droop (1925) en la zona llamada “El Desembarcadero” en la que se exhumó un gran muro de mampuestos y sillares fechado con una cronología *post quem* de fines del siglo VI a.C., sobre el que se encontró una unidad con fragmentos de cerámica ática de los siglos VI y V a.C., además de un posible embarcadero romano (Belén *et alii*, 1983, 972).

Esta estructura de sillares ciclópeos es conocida, desde el momento en el que salió a la luz, como “Muro de Droop” (fig. 3). La importancia de este hallazgo radica tanto en la monumentalidad del mismo como en el significado que supuso hallar una estructura defensiva protohistórica de esta magnitud, realizada a base de grandes sillares de caliza de tamaños diversos que se asientan directamente sobre el sustrato de calcarenita. Los materiales ofrecen una disposición pseudoisónoma mediante la cual algunos bloques tienen una hendidura para mantener el sitio del siguiente bloque, de manera que quedarán fijadas dentro del muro. En consecuencia, las uniones horizontales funcionan como hiladas de regularización, mientras que las divisiones verticales se presentan totalmente irregulares. Por su parte, los espacios sin rellenar entre los materiales eran ocupados por ripios, sin que se aprecie el uso de aglutinante en la estructura.

La longitud conservada en el momento de la excavación era de 17,05 m, 3,05 m de alto y 2 m de grosor.

Desde que se llevara a cabo la intervención anterior en 1925, los vestigios arqueológicos quedaron expuestos a las inclemencias meteorológicas y atmosféricas, por lo que las estructuras exhumadas fueron cubiertas por los sedimentos procedentes de la parte alta del talud, donde se encontraba la cerca islámica.

No fue hasta 1992 cuando se retomaron los trabajos en esta zona, de la mano de una campaña de actuación de apoyo a la restauración de la muralla islámica. Bajo esta premisa se realizaron trabajos arqueológicos que permitieran explicar la evolución histórica del sistema defensivo de esta zona, a través de limpiezas superficiales y dos cortes estratigráficos que pudieran confirmar la veracidad de los hallazgos de J.P. Droop en 1925 (Bedia y Pérez, 1993, 3).

Los autores describen el “Muro de Droop” como una estructura formada por grandes sillares ciclópeos en la base y alzado en talud a base de mampuestos aglutinados con barro.

El corte II se divide en varios sectores, de los que el “E” se corresponde con la muralla protohistórica, y de donde proceden los fragmentos cerámicos con grafitos objeto de este artículo, concretamente de la UE 6, de las once UUEE que contiene este sector².

La UE 6c es descrita como parte del relleno de la estructura de cajones relacionado con la construcción del “Muro de Droop”, que junto a las UUEE 3c, 4c y 5c conformarían el potente relleno de las casamatas. Todas estas UUEE, relacionadas con el supuesto relleno de la estructura de cajones, presentan cierta homogeneidad en la cronología que arroja el material cerámico en ellas contenido, cuyo perfil se puede adscribir a los siglos VII-VI a.C., por la abundante presencia de cerámica gris a torno, algunos fragmentos de engobe rojo, cerámicas bruñidas y un borde de ánfora que según la tipología de J. Ramón Torres (1995) se corresponde con la T.10.1.2.1.

El resultado de esta intervención fue la detección de dos lienzos murarios protohistóricos, uno del siglo VIII a.C. y otro, que comprendería el “Muro de Droop” posterior al siglo V a.C., fechado este último con la recogida de material dentro del mortero que actuaba como aglutinante de la estructura de mampuesto identificada como alzado en talud del muro que nos ocupa (Campos *et alii*, 2006, 35).

Posteriormente, en 1993, da comienzo el proyecto de Arqueología urbana en Niebla llevado a cabo por el Área de Arqueología de la Universidad de Huelva con el objetivo de sentar las bases para el futuro del Patrimonio Arqueológico de esta ciudad, tan descuidado hasta entonces, teniendo como uno de sus principales objetivos investigadores la consideración de la ciudad como yacimiento único en el que se tuvieran en cuenta tanto los elementos soterrados como los emergentes, así como el *hinterland* de la ciudad. Pero este proyecto no se limitó a la investigación, sino que tenía como otros pilares básicos la Protección, Conservación y Difusión. La preocupación por estos preceptos puede ejemplificarse en sus respectivas actuaciones orientadas para ello. Así, la Protección queda reflejada en la realiza-

2 Las escasas UUEE documentadas responden a que la excavación se llevó a cabo aglutinando UUEE por fases o niveles cronológicos y no por individualidades sedimentarias o constructivas, de ahí la dificultad para establecer relaciones estratigráficas. Por ello, nos limitaremos a extraer la información de la UE6 (que en realidad la conforman varias UUEE, tanto sedimentarias como constructivas), sin poder profundizar lo que nos gustaría en las relaciones de ésta con su entorno.

ción de la Carta de Riesgo de la ciudad (Campos *et alii*, 1996), pionera a escala nacional; por su parte, la Conservación fue llevada a cabo mediante diferentes proyectos complementarios; finalmente, la Difusión fue de la mano de programas dirigidos a la población en general y a escolares en particular que incluían visitas, conferencias y exposiciones, así como a la publicación exhaustiva de los datos obtenidos en el caso de la difusión científica (Campos *et alii*, 2006, 39-43).

Las intervenciones realizadas bajo el marco de este proyecto fueron un total de trece: diez de ellas en solares y las tres restantes en el recinto amurallado, dentro de cuyas últimas se enmarca la limpieza efectuada en la zona del Desembarcadero con el objetivo de documentar sus estructuras y realizar una valoración sobre el estado en el que se encontraba esta área.

3. CERÁMICA GRIS CON GRAFITOS DE NIEBLA: DESCRIPCIÓN FORMAL

Pese a que inicialmente se identificó este tipo cerámico con la presencia griega en el territorio, el avance en los estudios a partir de los años '70 del pasado siglo permitió rebatir parcialmente esta hipótesis, pues no toda la cerámica gris tiene un origen foceo, ya que no toda la cerámica gris puede adscribirse a la misma tipología cerámica sólo por el hecho de compartir algunas características formales, concretamente la cocción en atmósfera reductora (Hornero del Castillo, 1990, 172). Por el contrario, la cerámica gris que nos ocupa se trata de una producción íntimamente relacionada con la presencia fenicia en la Península Ibérica, sin poder considerarse elemento de importación, y cuya cronología tradicional abarca desde el siglo VIII hasta el VI a.C. (Sanna, 2009, 151).

La característica más identificativa de esta producción es su gama cromática que va desde los grises claros hasta los negruzcos, con las pastas más claras que las superficies. El desgrasante más común era a base de mica, cuarzo y/o feldespato. En cuanto al tratamiento decorativo, antes de proceder a la cocción de las piezas, éstas eran alisadas o bruñidas en el mismo torno con ayuda de algún instrumento, de ahí las marcas concéntricas de los objetos. Menos frecuente era el engobe aplicado después de la cocción, aunque lo más común era que no presentan tratamiento decorativo alguno (Vallejo Sánchez, 1999).

Las formas más típicas de estas producciones son los platos y cuencos, pese a no ser privativos de

este tipo cerámico, pues se dan en formas de engobe rojo o cerámica común (Belén Deamos, 1976, 356; Mancebo Dávalos, 1994, 107).

Estos tipos se dan en el sur de la Península Ibérica, con un denominador común que es la influencia fenicia en los lugares que cuentan con esta cerámica entre sus producciones más comunes, sea el caso de Huelva, Aljaraque (Huelva), Niebla (Huelva), El Carambolo (Camas, Sevilla), Carmona (Sevilla), Montemolín (Sevilla), Cerro Salomón (Riotinto, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), necrópolis de Laurita (Almuñécar, Granada), o Toscanos (Vélez-Málaga, Málaga), entre otros.

De los lugares con influjo fenicio, fundamentalmente el sureste y el suroeste de la península, se expanden hacia el interior (la Meseta y Extremadura), en lugares tan alejados como Medellín (Badajoz), El Malacón (Albacete) e incluso la propia Mogador (Marruecos).

Tradicionalmente se ha interpretado como una vajilla que aglutina las tradiciones cerámicas indígenas con los avances tecnológicos importados por los fenicios, de modo que se reproducen tanto formas que son típicas de la cerámica de engobe rojo fenicia y decoraciones bruñidas características del mundo indígena previo a la llegada colonial fenicia (Vallejo Sánchez, 1999).

La cerámica gris de Huelva se divide en dos grandes grupos: en el primero se trata de cerámicas bien cocidas, con desgrasantes que se basan en la mica y el feldespato y, en algunos casos cuarzo, aspecto compacto, coloración homogénea (desde los grises claros hasta el gris oscuro) y superficie alisada; el segundo grupo se caracteriza por tener un color de superficie gris, no así las pastas, que van desde el beige hasta los ocre. La cronología de esta producción cerámica es muy variada, dependiendo de la época en la que se llevó a cabo la excavación, los responsables de la misma y el sitio en el que tuvo lugar. Así, encontramos cronologías que abarcan desde los siglos VII a.C. hasta el II a.C., como el caso de Aljaraque (Blázquez *et alii*, 1971, 310-ss.).

Los fragmentos aquí analizados parecen corresponder a la misma pieza, un cuenco convexo de 22 cm de diámetro, pasta beige y superficie gris ceniza. El desgrasante, fino, lo conforman feldespato y mica, con una cocción reductora deficiente dada la diferencia entre el color de la pasta y de la superficie. Podría adscribirse a los tipos I o II de Belén, definidos por la presencia de borde simple

en ambos y la diferencia de contar o no con pie marcado, ya que no podemos decantarnos por uno u otro al carecer de la base de la pieza (Belén, 1976, 365). Este tipo se corresponde a su vez con el IIA de Montemolín (Mancebo *et alii*, 1992, 288), el 20A de Caro (1989, 168-172), la forma 6 de Roos (1982, 60), la 2 de Almagro-Gorbea (1977, Fig. 192), y el A.I. A de Lorrio (1988-89, 287). Corresponde a una forma que se desarrolla de manera notable en el Suroeste peninsular entre los siglos VII y VI a.C., independientemente de la adscripción étnica que se le haya aplicado a los lugares en los que tiene presencia (Mancebo *et alii*, 1992, 288): como ejemplo ilustrativo véase la cerámica de Doña Blanca de los siglos VII-VI a.C. (Ruiz y Pérez 1995, figs. 22 y 23).

4. ANÁLISIS EPIGRÁFICO

Se trata de tres grafitos que por la igualdad de soporte posiblemente pertenecen a una misma pieza, como se reconstruye en el dibujo (fig. 4), lo que además apoyan tanto el haber sido grabados los tres después de cocción como su orientación sinistrorsa en los grafitos 1 y 3 (sólo posible en el grafito 2). Pero no se puede aducir también la igualdad en el trazado de los signos, que sería un elemento decisivo, porque lo conservado no permite hacer comparaciones, aunque tampoco se opone a ella (fig. 8).

Grafito 1 (Fig. 5)

Posiblemente está incompleto por ambos lados y con seguridad en la parte inferior por fractura, lo que no impide la identificación de los cinco signos, si bien para el tercero y el cuarto hay varias posibilidades. Ha sido grabado en la parte superior de la cara externa de la vasija.

Parece seguir un trazado lineal regular, aunque, como cabe esperar en un grafito, no hay cartela. Esto permite conjeturar que la altura de los signos es la que corresponde al signo primero (o), que parece estar completo.³

Signo 1.

Letra o.

Presenta el asta fracturada en su parte inferior. Los dos trazos horizontales, que son paralelos según el uso normal, forman ángulo recto respecto al asta, lo que es poco usual, pues frecuentemente están inclinados. El trazo inferior es algo más corto en su lado

³ Para la descripción de los signos seguimos a Correa (1993). Si bien hallazgos posteriores han podido variar algo las cifras de porcentaje dadas ocasionalmente en este trabajo, en líneas generales sigue siendo válido lo afirmado allí.

derecho (tipo usual), mientras que en el superior los subtrazos están equilibrados a ambos lados del asta. Es excepcional que el trazo superior no corte propiamente el asta sino que sea tangente a su extremo.

Signo 2.

Aunque incompleto en la parte inferior no hay duda de que se trata del silabograma p^e por su trazado circular abierto, lo que impide su identificación con otro signo.

Este silabograma en esencia tiende a enroscarse, si bien aquí no es perceptible con claridad por faltarle la parte inferior. Está abierto en su cara posterior, como en el cuasisignario de Espanca (J.25.1), y es posible que de hecho no se enroscara en la parte inferior, como sucede en J.6.2 (Alagoa, Salir, Loulé), si se atiende simultáneamente a la altura estimada del signo y al trazado vertical de lo conservado en su parte anterior. Esto parece confirmarlo el hecho de que el tamaño no es proporcionalmente pequeño, como suele ser el de los signos circulares, sino igual al de los otros signos (excepto lógicamente el quinto del grafito). No obstante tal vez haya una pequeña huella de ese posible trazo curvo inferior.

Signo 3.

La pérdida de la parte inferior impide la identificación con un signo concreto, pero lo conservado de la parte superior hace posible la identificación con varios signos: a, k^a, t^u y t^o.

Si se trata de a, se puede suponer, comparándolo con el signo siguiente, que la línea de fractura coincide aproximadamente con el trazo horizontal interno. Si se trata de k^a, sería redundante en caso de que el signo siguiente fuera a. Si se trata de t^u, le convendría bien lo cerrado del ángulo (superior) mejor que a t^o, en donde el ángulo suele ser más abierto por el trazado quebrado de la línea de base.

No parece haber razón suficiente para escoger entre estos cuatro posibles signos, pero si se acepta que por ser un grafito, no una estela, no hay redundancia vocálica,⁴ entonces quedaría excluido k^a si el signo siguiente es a.

Signo 4.

La pérdida de la parte inferior impide la identificación con un signo concreto, pero lo conservado

⁴ J. de Hoz (2010, 507-512) ha llamado la atención a este respecto.

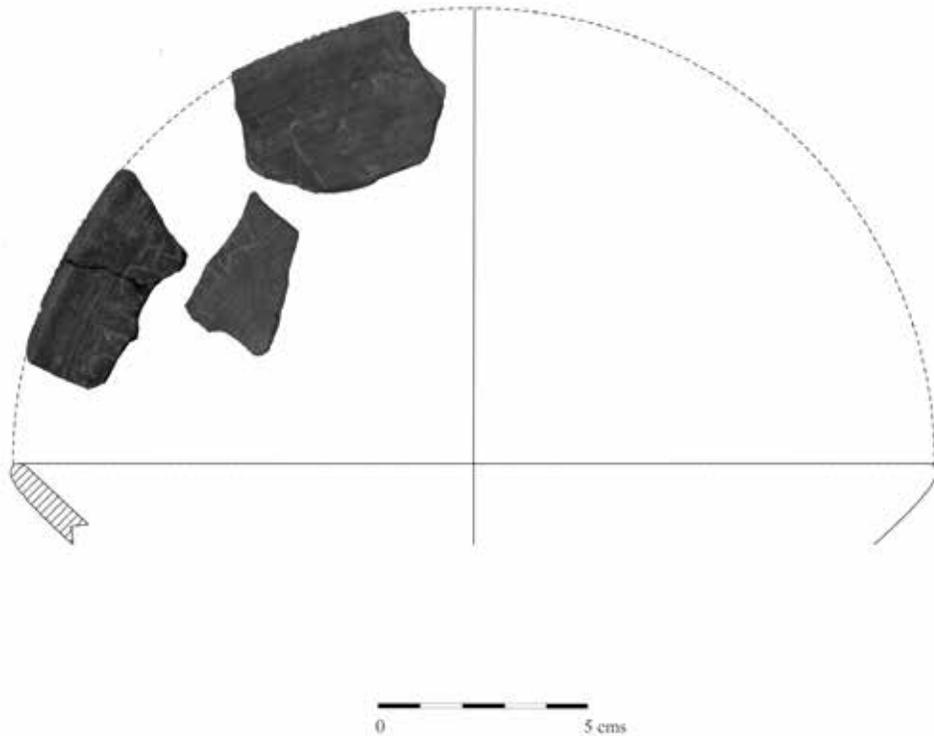


Figura 4. Reconstrucción de los fragmentos cerámicos en su posible ubicación original.

de la parte superior hace posible la identificación con **a** o **r**.

Se advierte en la línea de fractura un trazo aparentemente interior entre las dos astas, por lo que podría ser **a** (con un ángulo superior inferior a 45° , como es usual). Pero el trazado claramente vertical de la primera asta y la posición del signo en relación al precedente y, sobre todo, al siguiente hace más probable que se trate de **r**, con cabeza no circular sino angular, que es el tipo menos frecuente. Es posible en este supuesto que el trazo superior de la cabeza sobrepasara ligera-



Figura 5. Fragmento cerámico 1- Grafito 1

mente el punto de encuentro con el inferior, pero la fractura impide comprobarlo fehacientemente.

Signo 5.

Letra **e**, perfectamente identificable a pesar de que la fractura impide comprobar su carácter cerrado pero por el trazado del signo segundo (**p^e**) no puede considerarse una variante de este. Su tamaño es reducido respecto al resto de los signos, como es usual.

La transliteración del grafito a nuestro alfabeto sería: **?** o **p^e a/k^a/t^u/t^o a/r e [?**. Naturalmente dado aquí el carácter no redundante del signo segundo (**p^e**) y probablemente del tercero respecto al cuarto, sería mejor escribir **?** o **pe a/ka/tu/to a/r e [?**.⁵ No hay razón para considerar excepcional ninguna de las secuencias posibles con las diversas lecturas.

Grafito 2 (Fig. 6).

Está fracturado en su parte superior, pero completo a ambos lados. Aunque no es posible verlo en lo conservado, pues no se puede identificar ningún signo y hay espacio vacío a ambos lados, puede ser sinistrorso.

Se advierte la parte baja de cinco astas verticales, habiendo entre la segunda y tercera en la parte in-

⁵ De las secuencias posibles se excluiría **k^aa**.

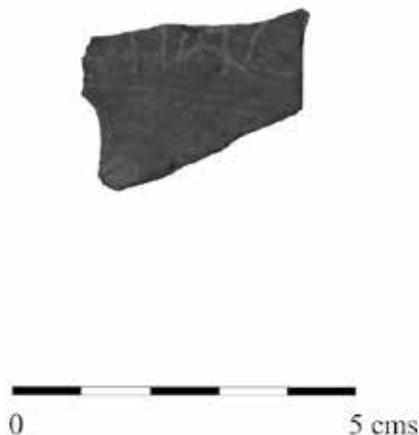


Figura 6. Fragmento cerámico 2- Grafito 2

ferior una línea quebrada que sobrepasa hacia fuera la segunda asta. Podría pensarse en un silabograma **k**° mal trazado, pero parece improbable. No hay que excluir que sea simplemente un intento de tachar lo escrito.

Grafito 3 (Fig. 7)

Las astas primera, cuarta y quinta pueden pertenecer a no pocos signos: **o**, **i**, **u**, **l**, **r**, **n**, **k**ⁱ, etc. Incluso sería posible que las astas cuarta y quinta fueran la parte inferior de un solo signo (**ś**) (fig. 7).

Está fracturado y ha sido grabado en la parte superior de la cara externa de la vasija.

Consta de la parte superior de un signo y un breve trazo, asimismo superior, de un segundo signo. Sin duda la escritura es sinistrorsa, pues está en



Figura 7. Fragmento cerámico 3- Grafito 3

blanco el amplio espacio conservado a la derecha del signo primero. Este signo corresponde al ángulo superior de uno que puede ser **a**, **k**^a, **t**^u y **t**^o. Menor aún es la posible identificación del signo segundo, un breve trazo inclinado en el sentido de la escritura, que no permite apreciar si formaba ángulo con otro como parece lógico suponer.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Las consideraciones que se extraen del presente artículo tienen una doble naturaleza: de una parte las cuestiones que se desprenden del análisis epigráfico de la pieza y, de otra, las que tienen que ver con su contexto histórico.

Mucho se ha escrito sobre la funcionalidad y cronología del “Muro de Droop”, aunque, a nuestro juicio, ninguna de las hipótesis planteadas hasta el momento hace encajar las piezas de este interesante puzzle. Los motivos que nos llevan a tomar con precaución las hipótesis anteriores son diversos, para empezar no consideramos como tal el que se supone es el muro externo de las casamatas por varias razones: diversa técnica constructiva con respecto al muro interno; menor tamaño que el muro interior de las casamatas, con lo que estaríamos ante un *unicum* sin mucha funcionalidad defensiva. Por nuestra parte, y pese a que no es este el objetivo de este artículo, avanzamos que dada la idéntica técnica constructiva del “Muro de Droop” con el supuesto muro interior de las casamatas, además de estar relacionados estratigráficamente, consideramos que ambos están íntimamente relacionados, pero no porque la estructura de sillares ciclópeos sea un pie de amigo del cerco murario, sino que vemos más viable que se trate de una torre defensiva⁶. Ahora bien, poco podemos precisar sobre la cronología de esta estructura, no así sobre el estrato en el que se encontró la cerámica con grafitos aquí estudiada, que se trata de un paquete homogéneo de fines del siglo VII-principios del VI a.C., cuya sola presencia nos proporciona información sobre la sociedad que habitaba este núcleo urbano, ya que muestra un profundo conocimiento sobre la técnica y la escritura necesarios para la creación de estas piezas.

No obstante, para poder dibujar un panorama clarificador sobre la *Ilipla* prerromana tenemos que tener en cuenta los resultados de otras excavaciones

⁶ Esta hipótesis de partida es sólo una aproximación que será desarrollada ampliamente en una publicación posterior por C. Toscano Pérez.

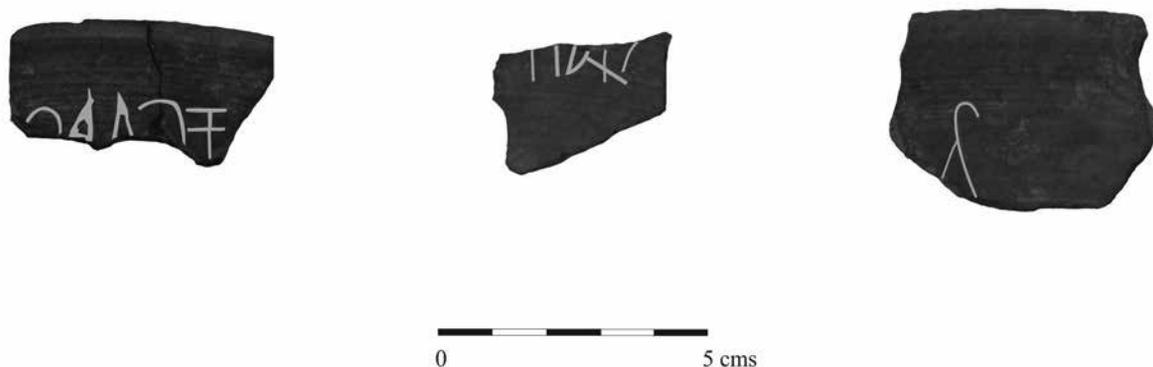


Figura 8. Detalle de los grafitos

y hallazgos en otros puntos de la ciudad y de su hinterland, de manera que bien amalgamadas nos ayuden en el establecimiento de un discurso histórico acertado. Así, teniendo en cuenta las intervenciones arqueológicas realizadas alrededor de la cerca defensiva -fundamentalmente las que han sacado a la luz partes de la muralla de los siglos VII-VI a.C., tal y como son las de la zona de la Puerta de Sevilla (Campos *et alii*, 2006, 221-ss.)- podemos establecer el período Orientalizante como el de máximo apogeo en cuanto a la edificación y poliorcética iliipense. Si a lo anterior le sumamos la posible existencia de una necrópolis con ricos ajuares, sincrónica a la fase anterior y situada en la zona conocida como “Cabezo del Palmarón”, estamos en disposición de considerar Niebla como uno de los núcleos urbanos más importantes de su entorno para el período que tratamos. Esta cuestión se acrecienta con la perduración de elementos de gran riqueza estilística en objetos posteriores, caso de un anillo de oro con representación inspirada en Isis y Horus (Almagro-Gorbea y Toscano-Pérez, 2011).

Los grafitos suponen la confirmación de que la escritura tartesia estaba ya en uso en el s. VII a. C., pero los signos identificables no permiten avanzar en la resolución de la cuestión planteada a propósito de las posibles diferencias entre esta escritura, escasamente documentada en zona estrictamente tartesia,⁷ y la bien documentada de las estelas del suroeste.⁸

⁷ Sólo se conocen hasta ahora tres estelas (J.51.1 [Puente Genil, Córdoba], J.52.1 [Villamanrique de la Condesa, Sevilla] y J.53.1 [Alcalá del Río, Sevilla]) y algunos grafitos hallados en Huelva y Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz).

⁸ Menos aún permite sacar conclusión alguna sobre si hay o no una diferencia de lenguas.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Almagro-Gorbea, M. (1977), *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. y Toscano-Pérez, C. (2011), “Annulus aureus de Ilipla (Niebla, Huelva)”, *Rivista di studi fenici*, 39, 117-144.
- Bedia García, J. y Pérez Macías, J.A. (1993), *Excavaciones arqueológicas en la muralla tartésica de Niebla*, Cuaderno Temático del Museo de Huelva, 6, Huelva.
- Belén Deamos, M. (1976), “Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIX/2, 353-388.
- Belén Deamos, M., Fernández Miranda, M., Amo y de La Hera, M., Tejera Gaspar, A., y Balbín Behrmann, R.D. (1983), “Excavaciones en Niebla (Huelva)”, *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 971-996.
- Blázquez Martínez, J.M., Luzón Nogué, J.M., y Ruiz Mata, D. (1971), “La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva”, *Noticario Arqueológico Hispano*, XIII-XIV, 304-331.
- Campos Carrasco, J.M. (2005), *Niebla, ciudad Tartésica, Romana y Medieval*, Huelva.
- Campos Carrasco, J.M. y Gómez Toscano, F. (2001), *La Tierra Llana de Huelva: Arqueología y evolución del paisaje*, Sevilla.
- Campos Carrasco, J.M., Rodrigo Cámara, J.M., y Gómez Toscano, F. (1996), *Arqueología Urbana en el conjunto histórico de Niebla (Huelva)*. *Carta del Riesgo*, Sevilla.
- Campos Carrasco, J.M., Gómez Toscano, F., y Pérez Macías, J.A. (2006), *Ilipla-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*, Huelva.

- Caro Bellido, A. (1989), *Cerámica gris a torno tartesia*, Cádiz.
- Correa, J. A. (1993), “El signario de Espanca (Castro Verde) y la escritura tartesia”, *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de Noviembre de 1989), (Untermann, J. y Villar, F. Eds.), Salamanca, 521-562.
- Droop, J.P. (1925), “Excavations at Niebla in the province of Huelva, Spain”, *Annals of Archaeology and Anthropology*, XII, 3-4.
- Hornero del Castillo, E. (1990), “La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris”, *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, 26, 171-205.
- Hoz, J. de (2010), *Historia lingüística de la Península Ibérica en la antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Madrid.
- Lorrio Alvarado, A. (1988-89), “Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)”, *Zephyrus*, LI-LII, 283-314.
- Mancebo Dávalos, J. (1994), “Consideraciones sobre la cerámica gris a torno de Montemolín (Sevilla)”, *Zephyrus*, XLVII, 105-111.
- Mancebo, J., De la Bandera, M.L. y García, J.M. (1992), “La cerámica gris a torno del yacimiento orientalizante de Montemolín (Sevilla)”, *Trabajos de Prehistoria*, 49, 277-293.
- Pérez Macías, J.A., Campos Carrasco, J.M. y Gómez Toscano, F. (2000), “Niebla de oppidum a madina”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 11, 91-122.
- Ramón Torres, J. (1995), *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*, Barcelona.
- Roos, A. M. (1982), “Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica”, *Ampurias*, 44, 43-70.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C.J. (1995), *El poblado fenicio del castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María.
- Sanna, C. (2009), “La cerámica gris orientalizante entre tradición e innovación: el caso de Ronda la Vieja (Acinipo) (Ronda, Málaga)”. *Arqueología y Territorio*, 6, 151-164.
- Toscano-Pérez, C., Bermejo Meléndez, J. y Gómez Toscano, F. (2013), “Turdetanos, Púnicos y Célticos. La situación previa a la llegada de Roma en el interfluvio Guadiamar-Guadiana”, *Roma en el occidente de la Baetica* (Campos Carrasco, J.M. y Bermejo Meléndez, J., Eds.), Huelva, 57-85.
- Untermann, J. (1997), *Monumenta linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.
- Vallejo Sánchez, J.I. (1999), “Las decoraciones bruñidas en las cerámicas grises orientalizantes”, *Spal*, 8, 85-100.
- Whishaw, E. (1929), *Atlantis in Andalusia. A Study of Folk Memory*, London.